

LOS PASOS GANADOS

ENSAYOS Y TESTIMONIOS
PARA LA HISTORIA DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE BAJA CALIFORNIA

Alfredo Félix Buenrostro Ceballos
Editor



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BAJA CALIFORNIA

Lic. Alfredo Félix Buenrostro Ceballos
Rector

Lic. Alejandro Mungaray Lagarda
Secretario General

Dr. Conrado Noriega Martínez
Vicerrector Zona Costa

Lic. Ma. Dolores Sánchez Soler
Directora General de Extensión Universitaria

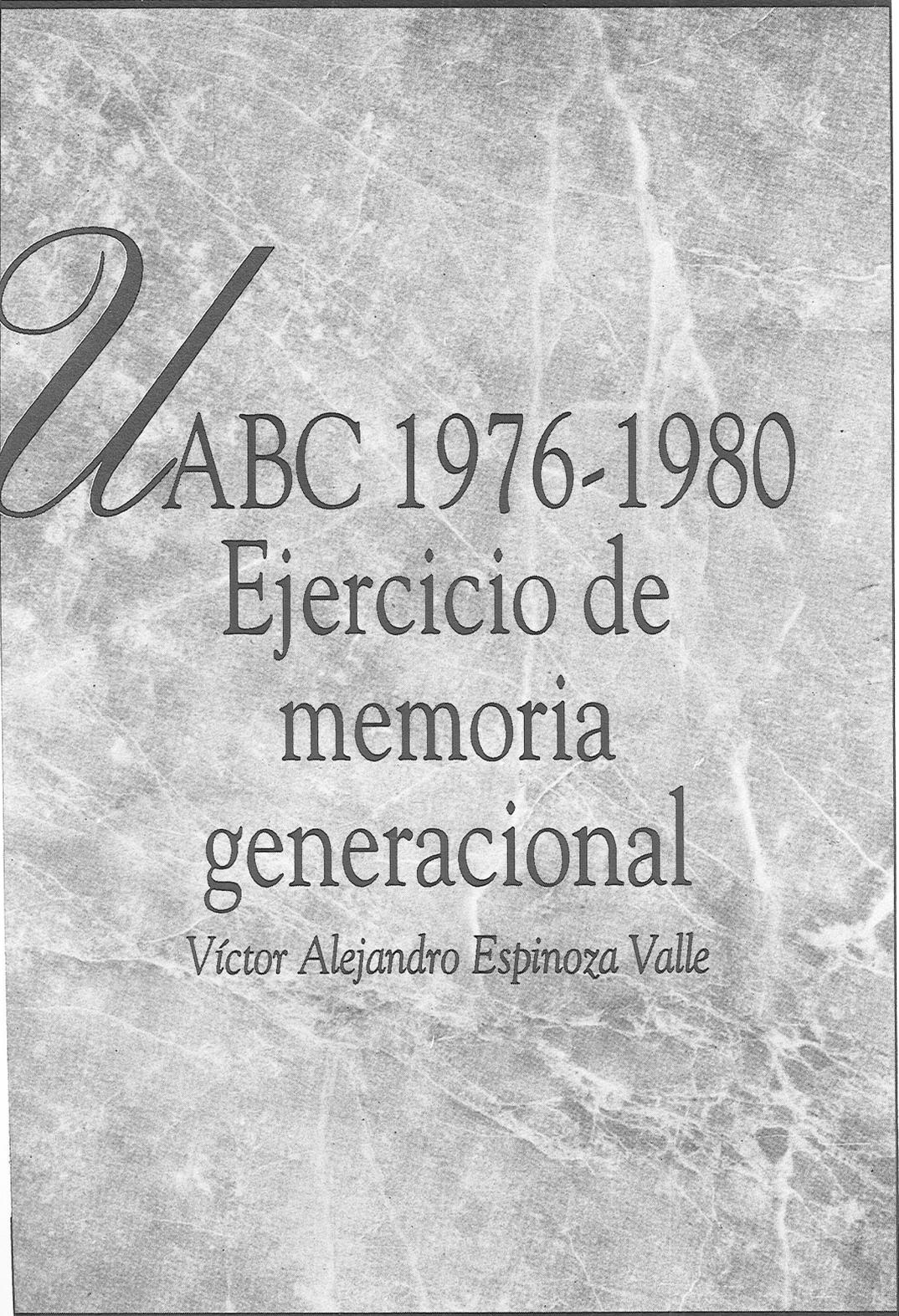
Lic. Jorge Martínez Zepeda
Director del Instituto de Investigaciones Históricas

C 1991 Universidad Autónoma de Baja California
Obregón y Julián Carrillo s/n
Mexicali, B.C. 21100
ISBN 968-6260-63-3

Coordinación:
David Piñera Ramírez
Lic. Ma. Dolores Sánchez Soler

Asistentes:
Sergio Zermeño Ochoa
Angélica Rocha Santibañez

Diseño:
Bolfeta y Asociados

The background of the cover is a piece of marbled paper with a complex, organic pattern of veins in shades of grey and white. The text is centered on this background.

*V*ABC 1976-1980
Ejercicio de
memoria
generacional

Víctor Alejandro Espinoza Valle

"E *l pasado histórico es un pasado que pudiéramos llamar muerto por contraste con el pasado vivo y vivido de la memoria: el primero habla de los hombres que nunca pudimos conocer, mientras el segundo habla de nuestra experiencia, de lo que nos ha ocurrido*" Ramón Ramos T.

I

Cuando la universidad publicó su convocatoria al concurso "Ensayos sobre temas históricos de la UABC", me pareció una buena oportunidad para realizar un ejercicio de memoria largamente postergado. Sin embargo, la primera dificultad a resolver era la referida a la pertinencia de un ejercicio de tal naturaleza. ¿Existía un archivo compartido por los jóvenes de mi generación? ¿Cuál fue el significado intelectual –personal y grupal– de quienes compartimos aulas y sueños universitarios?, y una tercera pregunta: ¿Puede hablarse en un ejercicio de esta naturaleza a nombre de una generación?, difíciles interrogantes que me han acompañado estos últimos años.

El profesor N. B. Ryder sostiene que una cohorte generacional "es un conjunto de elementos individuales, cada uno de los cuales ha vivido un acontecimiento significativo en la historia de su vida durante el mismo intervalo cronológico".¹

Tal vez muchos coincidimos temporalmente en la universidad y también no pocos compartimos uno o varios "acontecimientos significativos" que nos hermanaron o desunieron no sólo en la universidad, sino fuera de ella. Por eso, mi generación son aquéllos con los que fraternicé y compartí gustos y disgustos, quimeras y desengaños, lecturas y afinidades vitales e intelectuales. Muchos coincidimos en el tiempo, pocos fuimos los amigos.

De esa hermandad y complicidad generacional nos quedan las palabras de Octavio Paz: "Compartí con ellos esperanzas y convicciones, engaños y quimeras. Estábamos unidos por el sentimiento de la justicia ultrajada y la adhesión a los oprimidos".² Ese parece ser el lazo que une a mi generación; tal vez una de las últimas de la universidad interesada en la Política –con mayúsculas–.

Nuestro paso, fugaz si se quiere, por la UABC será una referencia obligada para reconocer las trayectorias personales. Aun así, una nueva duda me asalta a la hora de desarrollar mi ejercicio: la lectura de otro texto de Octavio Paz. Ante la disyuntiva de proceder o no a dar respuesta a una petición de Alejandra Moreno Toscano para hurgar en sus recuerdos del antiguo barrio de Mixcoac en la ciudad de México, Paz se siente lejano, extraño en ese espacio que alguna vez le perteneció. Por eso resuelve contestar: "Te lo confieso, no quiero ser un intruso. No sé si me fui o me echaron: sé que ya no soy de allí. Pienso en el barrio que hoy he recorrido y en el de mi niñez

¹N.B. Ryder, "Análisis de cohortes", en *Enciclopedia internacional de ciencias sociales*, vol. 2, Madrid, Ed. Aguilar, 1986, pág. 434.

²Octavio Paz, "El lugar de la prueba. (Valencia 1937-1987)", en *Pequeña crónica de grandes días*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1990, pág. 94.

y mi adolescencia: ¿en que se parecen? Y me digo: ha sido peor que una destrucción -una degradación”.³

¿Cuánto cambiaron la universidad y sus actores en estos últimos diez años como para no reconocermé en ellos?, ¿qué lazos me mantienen ligado a la institución?, ¿es por demás extraña a mis actividades e intereses presentes? Parto de una certeza: independientemente de los cambios registrados en la UABC en la última década, me liga a ella un fuerte sentimiento de pertenencia. El pasado de mis recuerdos es un pasado vivo. Por ello, no me encuentro, como Paz, extraño a esa universidad; pues como dice mi estimado profesor Ramón Ramos: “El pasado de la memoria busca y recrea la continuidad entre el entonces y el ahora”.⁴ No sólo reconozco en la UABC el inicio de mi formación profesional en los cuatro años como estudiante, primero, y posteriormente como docente; sino que es una referencia obligada a la hora de evaluar mi trayectoria intelectual y afectiva.

II

La UABC recordada es precisamente la universidad del período 1976-1980. Es una remembranza desde mi generación, la que cumplió la mayoría de edad a su paso por la UABC. Aspira a recoger el espíritu que nos animaba cuando cruzamos el umbral universitario. En ese sentido no es una historia pormenorizada de los asuntos institucionales, tan sólo es el recuerdo de las aventuras y desventuras de uno de sus actores: el estudiantado. O si se prefiere, la biografía universitaria que hoy nos pertenece. Es pues el testimonio de lo que ocurrió entre bastidores.

El arribo

En agosto de 1976 tuve la feliz ocurrencia de acompañar a un amigo a Mexicali. Desde Tecate nos dirigimos rumbo al temible calor veraniego mexicalense. Entre bromas afirmé que *nunca* podría vivir en esa ciudad. No era para menos, arribamos con el sol de mediodía. Sin embargo, por una de esas jugarretas del destino –como dicen los que cren en él– quince días después decidía irme a estudiar a la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas.

En realidad, como muchos en ese tiempo, mi meta era ir a estudiar al D.F. También mi generación fue tal vez la última que se planteó la posibilidad de salir del estado a realizar sus sueños estudiantiles. Después vinieron la crisis económica y la expansión de la universidad local, lo que se tradujo en un fuerte arraigo profesional. Así, en 1976 se producían los primeros avisos de lo que serían los desequilibrios económicos en nuestro país, lo que para la clase media fronteriza significó un vuelco en sus hábitos consumistas y educativos. Mi generación, que podría caracterizarse

³Octavio Paz, “Estrofas para un jardín imaginario. (ejercicio de memoria)” en *Revista de Occidente*, núm. 100, septiembre de 1989, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset, pág. 154.

⁴Ramón Ramos, “Maurice Halbwachs y la memoria colectiva” en *Revista de Occidente*, núm. 100, septiembre de 1989, pág. 78.

como la que siempre se ubicó en el umbral de los cambios, sobre todo en el plano cultural, todavía tuvo la posibilidad de salir del municipio a estudiar a la universidad.

Como a todos los jóvenes les sucede, la decisión de abrazar una carrera universitaria fue precedida de profundas crisis existenciales. Hacia el final de los estudios de preparatoria, la pregunta recurrente era “¿qué voy a estudiar?” Las buenas costumbres aconsejaban irse a lo seguro –al menos eso se pensaba–: medicina, derecho, odontología, contabilidad... A pocos se les ocurría estudiar literatura, filosofía, sociología, o ciencias políticas. Las típicas carreras no lucrativas. Yo fui de esa minoría.⁵ Manual de orientación vocacional en mano, por un intervalo de tres meses dediqué las noches a leer las sesudas recomendaciones. Prefiguraba los escenarios y trataba de encontrarle sentido a prescripciones del tipo: “Se requiere capacidad de abstracción” o “es recomendable un espíritu altruista”. Aún hoy no se con exactitud lo que me orilló a la carrera de administración pública y ciencia política. A lo mejor fue el promisorio futuro anunciado en el manual de referencia.

El hábitat

Una vez definidos los estudios a cursar, tenía que resolver el problema de la residencia en el desierto. Como el hombre es un animal gregario, cinco amigos partimos rumbo a Mexicali, encontrando a otros tecatenses que ya tenían un año por aquellos rumbos y a quienes su espíritu solidario les llevó a darnos posada. No conformes con tener a tan ilustres huéspedes, y puesto que otros cinco tijuanaenses atravesaban condiciones económicas precarias, no tuvieron inconveniente en abrir las puertas de su casa para ampliar el número de moradores a la cantidad de quince. Afortunadamente la casa de la señorita Nina –quien siempre fue mi rentera– contaba con dos habitaciones, cocina-comedor y un amplio jardín, que en virtud de tan extensa vegetación se convirtió pronto en nuestro modesto bosque, donde pasamos momentos de solaz esparcimiento.

No puede decirse que la armonía reinara en nuestro hogar, pero siempre nos empeñamos por respetar el espíritu democrático, tan caro para la época, para resolver cualquier conflicto o llevar a cabo alguna reforma habitacional. Sin embargo, tal vez hubiéramos salido mejor librados en el verano del 76, de haberse impuesto algún espíritu cuerdo, o de haber echado atrás la brillante propuesta de pintar casa y mobiliario de color negro, aderezado con intensos y llamativos números de color amarillo en la fachada principal.

Con nuevos aires independentistas y bajo el argumento de la necesidad de intensificar nuestra preparación profesional, junto con otro amigo decidimos trasladarnos del ex ejido Coahuila al clasemediero fraccionamiento Residencias. Ahí, entre familias de electricistas –se entiende: cuyos cabezas de familia trabajaban en la Comisión Federal de Electricidad– dimos un salto enorme al menos en lo referido a

⁵De esa vocación marginalista ya había dado cuenta en la secundaria a la hora de optar por el curso de taller. El estatus lo daban los talleres de carpintería o estructuras metálicas. Me decidí por hojalatería, en una suerte de complicidad familiar, pues al menos dos tíos me habían precedido.

la distribución espacial: la casa contaba con tres dormitorios, lo cual significó pasar de un promedio de 7.5 a 2 compañeros por cuarto. Así, dos tecatenses y cuatro sonorenses nos dimos a la tarea de forjar nuestro futuro con base en el arduo estudio, apenas interrumpido por las consabidas reuniones sociales de casi todos los viernes.

Del ascetismo estudiantil

Continuadores de la añeja costumbre de vapulear al cuerpo con noches en vela y litros de café, el ingreso a la universidad nos convirtió pronto en apasionados militantes del ascetismo estudiantil. Partíamos de la certeza de que las noches eran para estudiar y discutir acaloradamente cada uno de nuestros descubrimientos. Desde los tiempos preparatorianos nos habíamos comprometido a aprovechar cualquier resquicio para superar las deficiencias académicas e intelectuales propias del bachillerato.

La universidad exigía –pensábamos– poner todos nuestros sentidos y dedicación a la formación profesional, que la sociedad y el pueblo nos demandaban. Pronto entre nuestros ritos cotidianos, las desveladas y la mala alimentación –esto último producto también de la conversión al vegetarianismo indebidamente administrado– ocuparon lugar preeminente.

Con el paso de los semestres, las noches de estudio y reflexión se vieron acompañadas con algunas bebidas de moderación, con lo cual en pocas ocasiones la paz del hogar se vio amenazada por la vehemencia discursiva. Sin embargo, quienes más sufrían con nuestras “cavilaciones” nocturnas eran quizá los vecinos; alguno de los cuales llegó cierta noche a dirimir una acalorada discusión acerca –seguramente– del futuro de la humanidad. En la diestra blandía un arma de fuego y decíase molesto por la interrupción forzada de su sueño. Inmediatamente acatamos sus recomendaciones y concertamos nuestras diferencias: acordamos no volver a dirigirle la palabra.

La escuela

La Escuela de Ciencias Sociales y Políticas compartía espacio con la Escuela de Pedagogía. En la realidad eso de compartir era mucho, pues los compañeros de Pedagogía siempre nos hicieron saber que nos prestaban su espacio. Eran las escuelas pioneras de la universidad y las que mayores carencias presupuestales evidenciaban.

La Escuela de Políticas, como coloquialmente la llamábamos, llegó a ocupar el ala izquierda del edificio; ahí en aproximadamente diez aulas, 400 estudiantes compartíamos el sueño de contar con un edificio propio. Este se materializó en el verano de 1980, en un día glorioso, cuando cargamos nuestros pupitres y esperanzas hacia –por fin– nuestro espacio.

Un edificio mejor equipado no es garantía para elevar el “nivel académico”; pero al menos lo hace más transitable. Con él se logró que circularan mejor las ideas. O al menos eso pensamos cuando emprendimos la cruzada para bautizar a nuestro primer auditorio. En la entrada los estudiantes fueron signando sus propuestas; el resultado

fue un colorido mosaico de nombres que atravesaban el horizonte cultural: Carlos Marx, Mao, El Pato Donald, Espacio de Reflexión, Gabino, Che Guevara... Nunca supe cuál fue el resultado oficial de tal plebiscito.

Los profesores

Algunos de mis maestros todavía usaban el pelo largo. La mayoría había estudiado fuera del estado, lo cual les confería mayor prestigio entre los estudiantes; no así entre el resto de los profesores que pudiéramos llamar locales –sin ningún ánimo peyorativo– en quienes se llegó a advertir cierto rechazo hacia los “colonizadores” –como alguna vez se afirma haber escuchado en los pasillos–. Lo cierto es que como la escuela seguía siendo pequeña, los profesores de “fuera”, la mayoría de los cuales impartían clases en la carrera de sociología, también lo fueron de la licenciatura de administración pública y ciencia política. En honor a la verdad, los “fuereños” no eran tales, si consideramos que provenían de aquellas generaciones que salieron a estudiar al D.F. y que ahora retornaban a su tierra.

Por aquellos años la actitud provinciana –de profesores y alumnos– seguía haciendo mella. En lo académico, todo lo proveniente de la capital del país era recibido con una mezcla de odio y fascinación. Era más bien un sentimiento extraño que combinaba el rechazo y la aceptación. Estas actitudes se manifestaban, por un lado, en una suerte de chovinismo ramplón que tendía a exaltar las virtudes de provincia: se trataba de demostrar la autosuficiencia del terruño. Por otro lado, la mayoría de los estudiantes partíamos del juicio inequívoco de que en virtud de la concentración cultural y política característica de nuestra historia, lo mejor del pensamiento social provenía del D.F., y no es que todo lo local fuera rechazado y lo “chilango” aceptado acriticamente. Aprendimos a discriminar a los profesores buenos de los malos, independientemente de su procedencia.

Los estudiantes

Algunos de esos profesores nos acercaron a las novedades científicas y literarias. Sin embargo, la media estudiantil evidenciaba limitaciones dramáticas. Era muy común encontrar quien pensara que Louis Althusser había sido un roquero afamado o que Max Weber pintaba excelentemente. Ni mala fe, ni nada que se le parezca: del bachillerato nos habían enviado a la universidad sin pertrechos culturales. En mi caso particular, las lecturas mexicalenses iniciales provinieron de Luis Spota y Eduardo del Rio (Rius). Ni hablar, fueron los primeros libros que cayeron en mis manos. Ni Ezra Pound ni T. S. Elliot. ¡Puras glorias nacionales! Rius tiene el inmenso mérito de habernos dictado las lecciones inaugurales. Y nos convirtió en vegetarianos y en rebeldes irredentos.

Pronto descubrimos cuáles eran las lecturas definitivas.

Con la avidez propia de los estudiantes convencidos devoramos todo el marxismo que en ese tiempo circulaba. Por aquellos años, en las universidades públicas mexicanas nadie se sonrojaba si lo descubrían leyendo a Marx. Los manuales

soviéticos y franceses —entre los que destacaba el de la chilena Martha Haernecker— fueron fuente fundamental para las disquisiciones intelectuales. A mediados de los setenta, la teoría crítica de la sociedad gozaba de buena salud. Y no se crea que todo era ortodoxia dentro del pensamiento académico. El estructuralismo francés de Balibar, Althusser y N. Poulantzas criticaba con fuerza los planteamientos más tradicionales: el antimétodo había llegado a México por conducto de Raúl Olmedo. Las horas no alcanzaban para ponernos al día de las novedades provenientes de la capital; y es que los estudiantes invertíamos nuestros magros ingresos en libros. No es casual que justo por aquellos años hicieran su aparición —en los pasillos de la escuela— los primeros tianguis de librerías, antecedente directo de prósperas librerías de hoy.

Las universidades mexicanas vivieron, sobre todo hacia finales de los años setenta, intensas campañas sindicales que tuvieron su máxima expresión en el proyecto de un sindicato nacional. De ese espíritu movilizador y solidario nos imbuímos los estudiantes. La nuestra fue una generación politizada que fructificó en variadas formas de organización y participación. Se discutían con apasionamiento los acontecimientos por los que atravesaba la universidad y sobre todo los que incumbían a la escuela. Las instancias oficiales —consejo técnico, consejo universitario— eran atendidas con celeridad y sobraban candidatos. Ciertamente, a veces se suplía el conocimiento con la pasión: nunca faltaron los excesos —verbales y miméticos— pero provenían de todas las posiciones, de todos los credos. En ese tiempo los estudiantes no sólo se dividían en buenos y malos; de derecha o de izquierda. También había poetas, teatreros, roqueros, salceros, pintores, vegetarianos y románticos descarriados.

La nuestra fue una generación empeñada en superar las desventajas intelectuales de la vida provinciana. Por eso tal vez su apuesta por la formación teórica y humanista. Pusimos los ojos en la producción académica nacional y europea y sólo con excepciones en la local. El retorno de la mirada a la patria, a la búsqueda de nuestros orígenes, al intento de escudriñar el terruño y volverlo objeto de preocupaciones, vino después, hacia el final, en la década de los ochenta. En la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas se gestaron, durante 1980, los primeros proyectos de investigación sobre temas sociales regionales con que contó la universidad. Pero esa es otra historia.

Tal vez los nuevos estudiantes no abrazan las causas y los sueños de ayer. Tal vez cuentan con otros recursos —ánimos y económicos— para encarar los retos que implica toda carrera profesional. Es probable que la vida académica y estudiantil sea otra. Es cierto también que los tiempos han cambiado y que en la universidad confluyen otras preocupaciones, retos y proyectos. Sin embargo, los hilos que nos unen a unos y otros estudiantes están presentes, son más las afinidades que las diferencias, derivadas de la convivencia temporal y afectiva con la UABC.

Al final de estas líneas me anima el sentimiento de haber hurtado retazos a la memoria. Muchos otros ejercicios memorísticos se requieren para testimoniar y reconstruir la ronda de las generaciones universitarias, vía imprescindible para conocer nuestra identidad, pues como dijera Halbwachs, “para ser, los hombres tienen que recordar”.⁶